ENTRENANDO a los discípulos para entrenar
Sesión 1: Haz discípulos, no conversos
Ofrecido por Ron Lively, M.Div., M.A. – BiblicalMentoring.org (Estudios)

Paso 1: Oración de apertura

Paso 2: Cada persona cita el versículo de la memoria: **Mateo 28:19-20**
19 Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; 20 enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén. (RV1960)

Paso 3: Lee y comenta el capítulo bíblico – **Mateo 28**

Paso 4: Preguntas para solicitudes personales y/o debates en grupo:

1. ¿Entendemos qué ¿Jesús, nuestro Señor, nos encargó ser y hacer?
2. ¿Cómo llegan los conversos a la fe en Cristo? Entonces, ¿cómo se convierten en discípulos?
3. Debatir ¿de quién es la responsabilidad de hacer conversos y discípulos? Discutir las implicaciones.
4. ¿Por qué es importante seguir el mensaje y el método de Cristo para edificar Su Reino?

Paso 5: *Lee y comenta el contenido del libro:*

Introducción del libro:
Jesús vino a salvar a una raza caída y a levantar un pueblo que le alabara para siempre. En el cumplimiento de esta misión, ministró entre nosotros como siervo, cuidando a los enfermos, sanando a los con el corazón quebrantado y predicando el Evangelio a las multitudes. Pero a través de todo ello concentró su atención en la formación de discípulos—personas que le conocieran y siguieran sus pasos.
Tras su muerte y resurrección, antes de ascender de nuevo al cielo, les dijo a estos seguidores que "fueran y hagan discípulos de todas las naciones." Podían entender lo que Él quiso decir, pues solo les pedía que continuaran lo que había practicado con ellos. La Gran Comisión no es una convocatoria a un nuevo curso de acción, sino la explicación de Su propio camino de misión.
Ingeniosa en su sencillez, esta era la esencia del plan de Cristo para llegar al mundo para Dios. Él sabía que no podía fracasar. Porque los verdaderos discípulos no solo crecerán en la semejanza de su Maestro; con el tiempo, por Su Espíritu, reproducirán Su vida en otros.
También es evidente que esta estrategia impulsa el ministerio de Jesús dentro de la vocación de todo cristiano. Por supuesto, no muchos son llamados a pastorear una gran congregación o incluso a dar clases de Escuela Dominical, pero todos están llamados a participar en la formación de discípulos. Su comisión no es un don especial; es un mandamiento, y todos los que creen en Cristo no tienen más opción que obedecer.
Sin embargo, esta obligación apenas se percibe hoy en día en la iglesia. No es que se niegue el mandato, sino que la mayoría de la gente no tiene ni idea de cómo se relaciona con el trabajo diario de sus vidas.

Por eso este libro es tan bienvenido. Se reduce a los aspectos prácticos del discipulado. Escribiendo desde su amplia experiencia en este ministerio, el Dr. Keith Phillips comparte los principios que ha aprendido en el lento y minucioso proceso de guiar a las personas en el camino de Cristo.

Él se basa en la premisa de que desarrollar el carácter es más importante que pulir las habilidades. "Debes ser la persona de Dios", escribe, "antes de poder hacer la obra de Dios." Fundamental en este enfoque está la necesidad bíblica de morir por egocentrismo, para que Cristo tenga un gobierno indiscutible en el corazón. Sustentando este compromiso hay una actitud de sumisidad ante la autoridad divina, una devoción reflejada en una fuerte disciplina personal, amor extrovertido y un sentido de comunidad.

El autor continúa detallando cómo se fomenta ese crecimiento, señalando ingredientes esenciales en la vida tanto del discípulo como del discípulo. Verás que no es una tarea fácil. Y no hay atajos. Para realizar este trabajo se debe tener una determinación resuelta y una compasión sacrificial.

Aquí es donde, finalmente, todos debemos afrontar la cuestión. ¿Estamos dispuestos a pagar el precio? Confiando en que este libro nos ayudará a comprender mejor la necesidad y a inspirarnos a una implicación segura y con propósito en la obra de nuestro Maestro, es un placer recomendártelo. - Robert E. Coleman

Capítulo 1 según el autor – Keith Phillips:

El primer mes que estuve en Watts fui testigo de un asesinato.

Ronnie era un niño enérgico y lleno de energía. Asistía al club bíblico infantil que había empezado unas semanas antes en un proyecto de viviendas federales. Llamó mi atención ese día en particular porque caminaba descalzo por un campo cubierto de cristales rotos. No podía imaginar cómo conseguía evitar que le cortaran los pies. Sin embargo, no parecía preocuparse por nada.

De repente, un chico mayor corrió hacia Ronnie, le apuñaló en el pecho, agarró su radio transistor y salió corriendo. Ronnie cayó al suelo.

No me lo podía creer. Empecé a sudar frío. Mis palmas se pusieron sudorosas. El corazón me latía con fuerza mientras corría hacia él. Tenía miedo de que alguien me pidiera ayuda. Quise hacerlo, pero no sabía qué hacer. Así que me quedé perdida entre la multitud.

La reacción de los niños y adolescentes que se habían reunido alrededor del cuerpo de Ronnie me dejó atónito. Esperaba hostilidad e indignación, pero en cambio actuaron como si estuvieran en una feria. Abucharon cuando llegó la policía y aplaudieron cuando llegó la ambulancia. Se rieron, gritaron e intentaron superarse con historias sobre otros asesinatos que habían visto. A nadie parecía importarle Ronnie. Ni siquiera su propio hermano mostraba dolor.

Me quedé allí de pie lo que me pareció una eternidad. Lo que para mí era absolutamente aterrador aparentemente había sido solo un evento común para todos los demás. Pero esto era solo el principio, el primero de una serie de sustos que me romperían el corazón por este campo misionero al que Dios me había llamado.

Mientras me alejaba del campo donde murió Ronnie, un chaval llamado Jimmy me dijo con naturalidad: "No es gran cosa. Aquí la gente acaba matando todo el tiempo. Mi primo de un año fue asesinado hace un par de meses. Gritaba a las dos de la mañana porque estaba enfermo. Su madre estaba muy enfadada. Lo sacó de la cama y lo tiró por la ventana. Se le rompió la cabeza..."

Cuanto más escuchaba, más aprendía.

Ninguno de los niños que conocí conocía a su padre. No parecía molestarles. Así era la cosa.

Al principio no podía creer que Darrell me dijera la verdad cuando decía que no había comido en tres días. Sabía que nadie pasaba hambre en América. Pensé que intentaba engañarme. Pero luego descubrí que su madre, una adicta, gastaba sus escasos ingresos en narcóticos.

Sabía que Teresa, de doce años, tenía un hijo, pero me desconcertó cuando me contó que su bebé era su hermano. Más tarde descubrí que fue el padre de Teresa quien la dejó embarazada.

Estaba Rhonda, de dieciséis años, madre de dos semanas, que no podía soportar el llanto de su bebé. Se drogaba y golpeaba a su hijo con los puños, rompiéndole las costillas y perforándole los pulmones.

Belinda, de nueve años, vivía en constante terror por el abuso sexual de su tío. A su madre no le importaba. Sus hermanos y hermanas solo se reían y se burlaban de ella.

El horrible deterioro y la desesperación en el gueto me dejaron atónito. Fue como entrar en otro mundo: hambre, abuso, drogas, muerte, madres de doce años, hijos ilegítimos. A nadie le importó. A nadie le importó.

Sabía que Jesús debía ser la respuesta a estas grandes necesidades físicas y espirituales. Pero no tenía ni idea de cómo hacer que el evangelio fuera relevante para el gueto.

El único enfoque que se me ocurrió fue la evangelización masiva. Así que empecé clubes bíblicos para niños en Watts. Vinieron decenas de niños. ¡Todos querían "aceptar a Jesús"! Y todos querían traer a sus amigos. Las madres apreciaban que sus hijos "aprendieran la religión", y los adolescentes estaban ansiosos por saber cuándo empezarían los clubes para ellos. En pocos años, 300 voluntarios de universidades cristianas se unieron a mí para enseñar estudios bíblicos semanales a cientos de niños.

Organizábamos reuniones evangelísticas. Mucha gente asistía—algunos solo para ver a "esos blancos". Predicaba un mensaje sencillo de salvación, y casi todos levantaban la mano para indicar su deseo de que sus pecados fueran perdonados y de estar en paz con Dios. Meticulosamente rellenábamos tarjetas de decisión y enviábamos fielmente material de seguimiento a cada nuevo converso, sin darnos cuenta de que muchos eran analfabetos.

Rezaba con un adicto o un niño descuidado, decía "Dios te bendiga" y luego me iba. Como no podía guiar a todos estos nuevos cristianos, razoné que el Espíritu Santo se encargaría de ellos.

Cientos de personas en el gueto de Los Ángeles "aceptaron a Cristo." Mis amigos me felicitaron y me aseguraron que lo estaba haciendo muy bien. Quería creerles. Y durante un tiempo, lo hice.

Pero a medida que los meses se mezclaban con años, tuve que admitir que había un problema serio. Con todas estas decisiones para Cristo debería haber cambiado vidas—cientos de ellas. Pero por mucho que buscara, no pude encontrar ni una sola. Algo había salido mal.

En parte por orgullo, en parte por ignorancia, seguía esperando que las cosas se arreglaran de alguna manera. Pero no podía quitarme de encima la sensación persistente de que todo había sido en vano. No había frutos duraderos. La rotación en mis clubes bíblicos era demasiado alta. Cada semana venían jóvenes diferentes. Los adolescentes que habían aprendido de Cristo de niños seguían siendo amigables, pero se habían convertido en proxenetas, prostitutas o traficantes. Antiguos niños de clubes bíblicos se juntaban a bandas callejeras. Parecía que el evangelio no había funcionado.

Me desanimé. Casi lo dejo.

Desesperado, acudí a la Palabra de Dios. Por primera vez en mi vida quise ver lo que dijo Dios, en lugar de demostrar lo que ya sabía.

Al leer Mateo 28:19,20, recibí una revelación sorprendente. La misión de Cristo a su Iglesia no era "hacer conversos", sino "hacer discípulos". ¡Eso era todo! Aunque no entendía todas las implicaciones, supe de inmediato que el discipulado había sido el ingrediente que faltaba en mi ministerio.

Tenía cientos de marcas en mi cinturón evangelístico, pero no podía encontrar ni un cristiano maduro. Había proclamado el evangelio, pero no había logrado hacer discípulos.

Cuanto más estudiaba el Nuevo Testamento, más firme se volvía mi nueva convicción. El discipulado es la única forma de evitar la desnutrición y la debilidad en los niños espirituales de los que soy responsable. Es el único método que producirá cristianos maduros capaces de revertir la decadencia física y espiritual en el gueto.

Sabía que Dios estaba afligido por mi enfoque inicial hacia el ministerio. Me comprometí a partir de ese momento centrar todos los recursos que el Señor me diera en hacer discípulos.

(pp. 11-14)

Paso 6: *Termina compartiendo peticiones personales de oración y cada persona orando por las demás peticiones.*

Fuente: La formación de un discípulo por el Dr. Keith Philips. Publicado por Fleming H. Revell Company, 1981. ISBN 0-8007-1181-5. Introducción de Robert E. Coleman. El contenido (excepto las preguntas de estudio) está extraído del libro sin revisiones

Revisado 20261019